

SIMBOLISMO Y UTOPIA EN "EL MUNDO DE LOS MAHARACHIAS"
DE RAFAEL AREVALO MARTINEZ

UNIVERSIDAD DEL VALLE DE GUATEMALA
Facultad de Ciencias y Humanidades

To
UVG
L. A. J.
p. 200
1985

SIMBOLISMO Y UTOPIA EN "EL MUNDO DE LOS MAHARACHIAS"
DE RAFAEL AREVALO MARTINEZ

ROSA ELENA PEREZ RODAS

Trabajo de investigación presentado para optar
al grado académico de Licenciado en Letras

Guatemala

1985

CONTENIDO

| | Página |
|--|--------|
| I. INTRODUCCION | 1 |
| A. Justificación | 1 |
| B. Metodología | 3 |
| C. Hipótesis | 3 |
| II. DESARROLLO | 5 |
| A. El escritor (informe biográfico, 1884-1975) | 5 |
| B. La obra (breve informe literario) | 10 |
| C. Antecedentes temáticos | 12 |
| D. Fábula | 21 |
| E. Valores morales en la obra | 22 |
| F. Régimen político-social | 29 |
| G. Mundo utópico | 31 |
| H. Organización social y familiar | 36 |
| I. Comercio | 39 |
| J. Alimentación | 39 |
| K. Diversión | 41 |
| L. Faenas | 43 |
| M. Ceremonias | 44 |
| N. Formas de comunicación | 47 |
| O. Ambito | 49 |
| III. CONCLUSIONES | 51 |
| IV. BIBLIOGRAFIA | 53 |

Vo. Bo.:

(f) Margot Alzamora M.
Licenciada Margot Alzamora M.

Tribunal:

(f) Gustavo Wyld
Licenciado Gustavo Adolfo Wyld

(f) Margarita Carrera
Licenciada Margarita Carrera

(f) Margot Alzamora M.
Licenciada Margot Alzamora M.

Fecha de aprobación: 6 de noviembre de 1985.

A Dios

A mi madre:

Angelina V. de Pérez

A mi asesora:

Licenciada Margot Alzamora Méndez

A mis hijos:

Ingeniero César Estuardo Menendez Pérez

Pura María de Menendez

Rosa Elena Menendez Pérez

A mi nieta:

Pura María Menendez Barrera

A la persona especial:

Mayor German Leonel Morales Sandoval

A mis hermanos

A las siguientes personas:

Julio Rizzo Leal y Señora

Ingeniero Rolando Mansilla y Señora

Doctor Mario Enrique Quieza y Señora

Licenciada María Cristina Monzón de Hernández

Licenciado Gustavo Adolfo Wyl

Miriam Pérez de Sagastume

Francisco Reyna

A la Universidad del Valle de Guatemala

A la memoria de:

José Medardo Pérez Méndez †

Carlos Rolando Pérez Rodas †

I. INTRODUCCION

A. Justificación

Actualmente se hace evidente la necesidad de investigar nuestros valores en el campo de la filosofía, del arte, de las letras, de las ciencias, para poder darlos a conocer y así ir adquiriendo una identidad y acrecentando nuestra conciencia nacional.

Entre nuestros grandes representantes del arte dentro de la Literatura, tenemos a don Rafael Arévalo Martínez, quien ha dado un lugar muy relevante a Guatemala en las letras hispanoamericanas. Su creatividad es reconocida internacionalmente, en especial por el toque de originalidad que ha otorgado a sus obras, gracias a los temas empleados, al zoomorfismo y a factores estilísticos.

Este trabajo de tesis pretende coadyuvar al conocimiento de la trascendencia de las letras guatemaltecas a través del estudio y análisis de la obra del guatemalteco Rafael Arévalo Martínez. Asimismo, se persigue aportar nuevas luces sobre una de las obras de nuestro autor, como lo es *El mundo de los maharachas*. Uno de los temas fundamentales de esta obra es la idealización de los valores humanos en todo sentido. El autor imagina un mundo lleno de belleza, tranquilidad y

armonía, en el que sus habitantes poseen un alto desarrollo físico, mental y espiritual, y una casi perfecta organización social. En una palabra, son seres parecidos a los humanos, con lo más positivo de ellos, pero en última instancia con calidades y cualidades muy superiores.

Ciertamente, Arévalo Martínez logra presentarnos una realidad literaria que raya en lo utópico; mas, conciente de ello, deja la sensación de la imposibilidad de su existencia, pues, al final, con un toque un tanto pesimista, los maharachías son destruidos.

El mensaje artístico es muy hermoso, gracias al estilo que envuelve una concepción de un mundo en el cual se han superado, en gran parte, todos aquellos factores negativos que rodean o que son parte del contexto humano. Por lo tanto, en este estudio, trato de demostrar los valores de contenido y expresión que nos brinda esta obra, que podemos clasificar de novela "utópica". Al encontrar en ella constantes como son: el aislamiento de otras civilizaciones, simetría, uniformidad, fe en la educación, colectivismo, humanismo, utilización de nombres y topónimos fácilmente reconocibles, eudomismo ambiguo, la tendencia al trastrueque radical de uso de cosas, pretensión profética. Espero comprobar que en *El mundo de los maharachías* existe una utopía a través del símbolo.

B. Metodología

Con el fin de establecer la trascendencia literaria de la obra de Rafael Arévalo Martínez y a la espera de que estos apuntes contribuyan a ampliar los conocimientos sobre literatura nacional, pretendemos analizar su obra El mundo de los maharachías, sus recursos literarios más sugerentes, el manejo del símbolo y la presencia de lo que hemos denominado "utopía".

El tipo de investigación comprende los siguientes estadios:

1. Teórico.
2. De campo. Abarca la recolección y análisis de los datos biográfico-familiares, para la elaboración del informe correspondiente.
3. Recolección de datos por medio de investigación bibliográfica seleccionada para el efecto del tema, y así llegar a comprobar la hipótesis.

C. Hipótesis

Si partimos de que uno de los temas fundamentales de El mundo de los maharachías, de Rafael Arévalo Martínez, es la idealización de los valores humanos, podemos asegurar que la creación de los "maharachías" es una realidad muy válida dentro del texto literario, que permitió al autor proponer y presentar un cosmos poblado de seres perfectos individual y

socialmente; pero nos preguntamos ¿Arévalo Martínez escribió su obra con la única intención de jugar al demiurgo que crea un mundo insólito de "superhombres" y distrae a sus lectores en el fugaz efluvio de un momento agradable? Creo que no, y puedo asegurar que la obra de nuestro autor va más lejos.

En medio de un mundo no verídico aunque sí dentro de la dimensión literaria, él ofrece una serie de elementos sugerentes para que meditemos y propendamos a un mundo mejor. El autor coloca a un "humano" dentro del ámbito maharachí, como recurso literario que resalte esa utopía válida como ejemplo para todos nosotros. Por todo lo antes aducido, la hipótesis propuesta es que *cada rasgo utópico de la obra simboliza y realza un factor de superación válido para nuestro mundo humano.*

II. DESARROLLO

A. El escritor (informe biográfico, 1884 - 1975)

Según datos de la obra de Teresa Arévalo (1971:46-239), su padre fue siempre como un niño; de constitución orgánica débil, consentido y llorón. Su madre fue una educadora inclinada a proverbios, que siempre fueron para ella un decálogo de vida. En su hogar reinaba la disciplina y la religión. Desde pequeño, sobresalió en la escolita donde hizo sus primeros estudios a los cinco años, en un nivel que correspondería a lo que hoy llamamos kindergarten mixto (en ese entonces, 1889, todavía no existían estos establecimientos en Guatemala).

Algunas señoras, por lo regular solteras, pertenecientes a buenas familias, sostenían lo que se llamaban "Escuelitas". Al mes de su estancia en una de éstas, Rafael Arévalo Martínez ya sabía leer. Mostró, desde esa edad una precocidad para aprenderlo todo. Las únicas asignaturas en que tuvo dificultades fueron: Caligrafía, Ortografía e Idioma Inglés. Cambió de colegio porque en la escolita había aprendido todo lo que tenía que aprender. Tuvo un giro en su manera de ser; se volvió un niño sensible, de ojos tristes, semivelados, como él mismo se describió en "Una vida". El terror que sentía por el colegio era, en gran parte, porque los compañeros se

burlaban de él. Se aisló de todos y se dedicó, aun en clases, a leer diversos libros. Recorrió los seis años de escuela primaria como un mal estudiante. Siguió sus estudios secundarios en el Colegio de Infantes. A la edad de 14 años, fue fundador, director y jefe de redacción de un periódico que circulaba entre todos los estudiantes, llamado "El Primero Complementario". Durante un año, este periódico fue tan constante en sus publicaciones, que don Pedro Rubio y Piloña lo llevó a que lo criticara don Pío M. Riépele (Director de la Academia Guatemalteca de la Lengua), quien en ese entonces tenía fama de buen escritor. La única corrección que le hizo fue en relación con el nombre del periódico, que debería haberse llamado "Primer Grado Complementario". Después, en este periódico, sólo pudieron escribir los alumnos distinguidos.

Su padre lo recriminó por ser tan mal alumno. Pensó que iba a reprobado el año (el de su graduación). Fue examinado y la pregunta que le hicieron los representantes del Ministerio de Educación fue en relación con el partido "Servil" y, con todo aplomo, respondió que no había tal partido, sino sólo el partido Liberal y el Conservador. Externó ideas sobre uno y otro. Otra pregunta fue si a Justo Rufino Barrios lo colocaba en el partido Liberal. Su respuesta fue un NO rotundo, aduciendo que había cedido Chiapas y Soconusco a México. Fue el único alumno que aprobó.

Rafael Arévalo Martínez, desde su nacimiento, fue miope, endeble y tocado de neúrosis. A los 16 años ingresó en segundo año de secundaria, grado en que estudió sin medida, a tal extremo que enfermó para toda la vida. En 1901 solicitó tomar examen por suficiencia de cualquiera de las seis materias que cursaba, para poder llevar ese mismo año Retórica, que pertenecía al tercer año de Bachillerato. La Retórica atraía al muchacho sin duda porque había nacido para escritor; su determinación vocacional lo indicaba. Ya para terminar su Bachillerato en el colegio, en el año 1902, Rafael Arévalo Martínez enfermó y el médico prohibió que siguiera estudiando porque, de lo contrario, se le pondría en peligro de muerte. Tanto su padre como él sufrieron mucho con este dictamen médico, pero estimuló al autodidacta que había en él y comenzó a formarse, instruyéndose paulatinamente durante toda su vida. Después de un descanso necesario, decidió buscar empleo. Su voluntad le impelía hacer algo. En Manuel Aldano, novela autobiográfica escrita en su adolescencia, describe la lucha que tuvo que librar durante su vida por trabajar y ser útil. A pesar de su debilidad, entró en un Almacén y ocupó el último puesto, el más bajo. Cuando no llegaban clientes a comprar, aprovechaba para componer sus poemas. Luego era despertado de su ensueño creativo por algún parroquiano o compañero de trabajo, quien, entre veras y burlas, lo devolvía a la realidad de la vida.

A consecuencia de dedicarle un poema al superior del

almacén, fue objeto de burlas. Cansado y dolido renunció al trabajo, lo que constituyó para él su primera desilusión laboral. En 1904, después de una serie de fracasos en diferentes tareas, su padre le recomendó en Banco Agrícola Hipotecario, dependencia en la que sirvió hasta 1909.

El doctor Molina Flores lo trató durante su enfermedad y llegó a la conclusión de que era física, pues intelectualmente daba muestras de ser un hombre sano de pensamientos elevados. En pocas ocasiones se le conoció por violento, según su hija; sin embargo, cuando se enojaba, era peligroso y temible.

En un certamen literario que hubo en 1908, trabajando todavía en el banco, se llevó el primer puesto con su cuento "Mujer y niños". Con este premio, Rafael Arévalo Martínez surgió a la vida literaria y se dio a conocer públicamente, pasando a formar parte del núcleo de escritores que escribían en el diario "La República" y en la revista "Electra", en la que sólo aceptaban a los escritores ya consagrados.

Después hubo constantes recaídas en su enfermedad, lo que lo condujo a renunciar completamente del trabajo y se dedicó a relacionarse con personalidades de las letras, tales como José Santos Chocano y Máximo Soto Hall. Viene la tendencia del Modernismo, impuesto por Rubén Darío. Envía "La mujer soñada" a otro concurso y gana el primer lugar.

El 12 de octubre de 1910, "Día de la raza", es cantado el Himno a Centro América, con letra compuesta por él y música de Rafael Castillo.

A los seis meses de muerte su madre, Arévalo Martínez tenía 27 años de edad. En esta época se casa con una adolescente de 16 años. Sin ninguna finanza, cuando trabajó en La República, aprendió a manejar ya lo propio y editó la revista "Juan Chapín"; también se dedicó a dar clases de Gramática en varios colegios y casas particulares, para poder sostener el hogar que había formado. Su esposa, una mujer paciente y abnegada, jamás se quejó de estar unida a un poeta de pobre fortuna. "Los artistas no son esposos codiciables, ganan poco y fantasean mucho, no tienen los pies sobre la tierra", comenta Teresa Arévalo. Cuando tenía un mes de casado, editó el primer número de un volumen de versos titulado "Maya". En el año de 1914, vino a Guatemala Ricardo Arenales (Porfirio Barba Jacob), escritor colombiano, en compañía de Carlos Wyld Ospina. Ambos dictan conferencias que motivan a nuestro autor, quien se siente alucinado por la personalidad de Ricardo Arenales. Rafael Arévalo Martínez lo iba a visitar diariamente al "Hotel España", donde estaba hospedado; las pláticas se alargaban durante todo el día. Algo que encontraba en común con Arenales era la visión del cosmos. La amistad de Rafael Arévalo Martínez con Arenales duró varios meses y fue él quien lo motivó a escribir su obra El hombre que parecía un caballo.

Cuando estalló la primera guerra mundial, murió su hermana, muy joven, de tuberculosis. Por una temporada perdió el espíritu creador (describe esta situación en el cuento "las glándulas endocrinas"). El tres de noviembre de 1921, fue nombrado miembro de la Academia Guatemalteca de la Lengua correspondiente de la Real Española. Fue una de las primeras personas que recibió tal distinción en Guatemala. En 1922 salieron sus libros Manuel Aldano y El señor Monitor. Fue colaborador de "El Imparcial", desde el nacimiento de este diario tan conocido en nuestro país.

Rafael Arévalo Martínez (1968:276), a pesar de su precaria salud, alcanza a tener una larga vida. Pasa por una época de transiciones, durante las que ve abrirse las vías férreas, aparecer el primer automóvil, que desplazó al caballo, surgir el avión, así como los acontecimientos intelectuales, tales como las corrientes de arte que vinieron a Guatemala, a costa de penosos viajes, a través de escritores como José Santos Chocano, Porfirio Barba Jacob, Rubén Darío, etc., miembros ilustres de la generación que rodeó a Rafael Arévalo Martínez.

6 B. La obra (breve informe literario)

Rafael Arévalo Martínez, poeta, novelista, cuentista, dramaturgo y ensayista, ha sido incluido dentro de la llamada generación de 1910. Recibió el influjo del Modernismo, pero luego imprime a su obra su propio estilo, que le otorga cierto cariz de originalidad.

Empieza su obra por el año 1884; toma auge como literato público en 1905 y cobra prestigio con su cuento "Mujer y niños", con el que gana un premio centroamericano.

César Brañas (1971:240-242) ^{How} señala en su obra dos etapas: La primera que va desde Maya (1911), Los atormentados (1914), hasta Las rosas de Enganddi (1923), en lo que se refiere a poesía. En prosa, La vida (1914), El hombre que parecía un caballo (1915); esta última obra ha recibido el reconocimiento internacional por sus méritos literarios. Segunda etapa: La llama (1934), publicada en revistas y periódicos y recopilada en diferentes fechas, así como 35 poemas para la Revista Iberoamericana, en 1944.

Después de recorrer periódicos, revistas, y álbumes, escribe Maya, obra que se encuentra influida por alguna forma de pensamiento católico. Entre Las rosas de Enganddi y Llama hay una distancia de diez años. En ese lapso, la poesía en América ha padecido crisis, y el simbolismo entra en su última etapa. Rafael Arévalo Martínez, escritor que no se deja arrastrar por las corrientes literarias de la época, adopta una manera de escribir muy personal (estilo); con toda audacia, se hunde con todas sus fuerzas en el misterio inefable del espíritu. Escribe, entonces, y dentro de ese proceso de búsqueda, El hombre que parecía un caballo, La signatura de la Esfinge y sus cuentos de tendencia zoomórfica.

Arévalo Martínez es un artista que arriba a los confines

de la belleza y sublima el sentimiento del hombre, haciéndolo comulgar con su cosmos ideal de ternura y perfección: sublima a la mujer hasta convertirla en "madre" de su obra de arte. El mundo de los maharachías, nuestra obra en estudio, revela el extraño despertar en una tierra de seres admirables, más humanos y perfectos que el hombre mismo. Hermoso paisaje es el que pueblan esos seres creados por el autor, que describen parábolas de luz y sonrisas en las alturas de los árboles. Mundo envidiable, creado no como fuga de realidad, sino como deseo de una realidad mejor; como anhelo íntimo de quien, contemplando el mundo, torturado, presenta la opción de un ámbito de pureza, sabiduría y perfección, que más parece un paraíso. Escribe el autor una obra de mucho interés, a base de símbolos usados para que el lector se introduzca profundamente en ese mundo ideal propuesto como vigorosa posibilidad, como paradigma humano.

C. Antecedentes temáticos

Desde la antigüedad, los griegos, así como otros pueblos y otras culturas, usaron el símbolo como recurso en sus obras literarias.

La visión del mundo medieval es esencialmente religiosa y, por encima de todos los datos de la existencia cósmica, encuentran un punto de apoyo absoluto: la revelación. La literatura de esta época utiliza como instrumento habitual el símbolo; esto lo señala Vedel, Huzinga (1951:50-75) y

otros estudiosos. El hombre medieval describe a base de símbolos que derivan en alegoría. El símbolo es retomado posteriormente por autores franceses; entre ellos, Baudelaire, Verlaine y Mallarmé (1951:75-100). El primero exaltó el valor de los símbolos. Viéndolo retrospectivamente, este movimiento simbolista del siglo XIX en Francia era fundamentalmente místico. Se usó como una protesta contra el arte científico de una época que había perdido, en gran parte, su creencia en la religión. Este entusiasmo fue una manifestación de la belleza ideal. Verlaine (1951:101) consideraba que al escribir simultáneamente sobre el alma y el cuerpo, el ideal de lo bello proporcionaba vigor y sentido a aquélla.

El simbolismo fue, pues, en su origen una manera poética de su metafísica. La popularidad del autor se debió a la importancia que se le daba a la personalidad del poeta. En Francia no buscaban la popularidad del autor, sino desorientar a la burguesía.

Como en Berceo y Alfonso X (1976:154-157), el símbolo entra y permanece como alegoría durante siglos; hoy lo alegórico está totalmente desprestigiado, y este desprestigio se extiende indebidamente a lo simbólico, prescindiendo de mayores profundidades, porque existe diferencia entre lo alegórico y lo simbólico. En la alegoría hay uso de metáforas para dar a entender una cosa expresando otra diferente. En la alegoría cada término nombrado nos envía con exactitud matemática

a otro; la relación es fija, constante: por ejemplo, "perlas" quiere decir siempre blancos dientes. En cambio el símbolo, es esencialmente plurívoco: está abierto a una serie de posibles interpretaciones; es una expresión por cualquier medio sensible y sugerente al lector; así por ejemplo "la noche obscura del alma" de San Juan de la Cruz, o "la negra sombra" de Rosalía de Castro. Según el crítico francés Fhibaudet, el símbolo en una obra es tanto más puro cuanto más alejado está de la simetría alegórica; cuando contiene menos expresión clara y más sugestión; es un tanto más alto cuando la materia de la obra parece contener menos posibilidades de alegoría.

Desde fines del siglo XIX se ha intentado restaurar el simbolismo en el arte, con temas bastante ingenuos. En nuestro siglo, el elemento simbólico es fundamental en muchas novelas importantes. Lo esencial es que, además de su tema concreto, la obra ofrezca resonancias universales, oscuros anuncios de situaciones vitales básicas en forma sugestiva. Según Gauguin (1976:2D0), en su obra escrita en Polinesia,

"Se ha agotado todo lo que la palabra puede expresar y permanecemos en silencio contemplando las flores inmóviles como nosotros, escuchando a los grandes pájaros suspendidos en el espacio y se comprende la gran verdad".

Esto es lo esencial del presupuesto teórico de casi todos los simbolistas: existe una gran verdad oculta que significa

la solución a nuestros problemas, que es en suma nuestra salvación. Novela simbólica (1976:120), es lo que intenta acercarse a esa gran verdad; por eso mismo toda novela es algo simbólico en lo que se refiere a la condición humana. Es muy frecuente que, en la novela actual, su objetivo sea expresar en forma artística las emociones. En ella se trata de describir un conjunto de objetos, situaciones, una cadena de acontecimientos, que serán la fórmula de sugerir; de manera que, cuando los hechos externos, que deben terminar en una experiencia sensible, estén dados, la emoción será evocada inmediatamente. Una variedad de esta novela simbólica sería la que Booth llama novela de "búsqueda" de la verdad o de lo ideal. El simbolismo es contrario al racionalismo positivista. Es una visión del hombre primitivista religioso o poeta. Para él las cosas concretas son manifestación de alguna fuerza oculta; por eso el simbolismo es especialmente apropiado para el arte religioso; es afirmación de que en el misterio nos movemos, obramos y somos. Gracias a este simbolismo, la novela escapa a los reproches de reproductora imperfecta de una realidad. Esa serie de condicionamientos para que los símbolos representen debidamente lo que se pretende, deben aproximarse a situaciones de la vida real o, al menos, dar la impresión de que pueden ser algún día realidad. Así, pues, la realidad evocada por el símbolo debe transmitirnos una cierta significación poética, metafísica o mística. Carlos Bousoño (1976:225) dice que

"A partir de cierto grado de reflexión, realismo, formulismo y simbolismo en la novela aparece como algo que constituye una inesperable unidad".

Comprende el lector la situación concreta de que todos estamos en la vida al borde de tantas cosas que por desgracia o suerte nunca llegaremos a alcanzar. Ya en la época del modernismo Guillermo Díaz Plaja (1968:46) comenta que el nombre modernismo vino de Alemania, donde se producía un movimiento de tipo reformador por los curas llamados modernistas. El encuentro, según ellos, con la belleza, sepultada durante el siglo XIX en Hispanoamérica las voces de intención mordaz estetismo, decadentismo, emotivismo fueron desechadas. Los vocablos específicamente escolásticos como Parnasianismo y Simbolismo, que prevalecen para las demás literaturas europeas, no se popularizan en España y quedan sólo para las demás técnicas capaces de discriminar los dos aspectos: el de forma y matiz de la nueva escuela. El simbolismo se usa dice Nordau (1968:60), en el misticismo, en los que se reconocen cuestiones de misterio y se les considera como símbolos mediante los cuales algún poder oscuro trata de revelar o hacer que sospeche toda clase de cosas maravillosas, que se esfuerza el lector para adivinar. Nordau (1968:65) critica a los simbolistas por asumir demasiada vanidad, egolatría, emotividad, confusión mental, en los temas religiosos que utilizan carácter de misticismo; entre ellos menciona como agrupados dentro del simbolismo a Rallinat, Haron Court, Morice, Moreas, etc. Mallarmé (1968:66) dice

que no hace falta mencionar el objeto, sino darle al lector que goce con adivinar la sugerencia de éste para mostrar.

Para estudiar los orígenes del Modernismo, la revista "Juventud", en 12 volúmenes, es inspirada por el grupo del 98: Azorín, Baroja, Maetzu. Es importante señalar que el primer número se publicó el 10 de enero de 1901. Manuel Machado (1968:56) publica un artículo titulado "El modernismo y la ropa hecha"; pasa revista a los valores del simbolismo francés y demuestra la importancia que tiene la poesía española que, creyendo ser fiel a las normas internas, lo es a las de la Academia y a las de Moratín, que era un afrancesado. Según una crítica de Díaz Plaja (1968:52), el modernismo es el estado del espíritu personalista y arbitrario; los valores que defiende son confusos; los simbolistas pretenden ser una revolución contra los parnasianismos. Los escritores de la generación del modernismo se preocupan, ante todo y según su propia frase, de dar sensaciones y, para eso, el principal objetivo de su labor está en el valor fonético de las palabras, en crear neologismos y en inventar en poesía formas métricas completamente nuevas y libres, buscando el máximo de fuerza expresiva; de ahí la extravagancia en la frase y la variedad de ideas en que caen las nuevas escuelas. Petersen (1968:112) dice que las escuelas literarias no son otra cosa sino las distintas soluciones que una generación ofrece al problema literario. Se considera, también que el aspecto político-social de la época

influye enormemente en la literatura, por lo que se suceden, cronológicamente, períodos fecundos y períodos estériles. 1934 fue una época fructífera para el simbolismo dentro de la agrupación que hace Petersen (1968:120-124), tomando como ejemplo el siglo XIX español. Vemos esto desde el punto de vista también generativo, por causa de que los dirigentes, desde el punto de vista cronológico, son tan distintos como el naturalismo y el simbolismo. Peterson (1968:130) agrupa las épocas en la siguiente forma: mil años de cultura Clásica, seguidos de diez siglos de cultura Medieval; siglo XVI, renacimiento; siglo XVII barroco; siglo XVIII neoclasicismo; después, en un término de 30 años: futurismo, creacionismo, neopopularismo, neogongorismo, superrealismo, neorrenacentismo y existencialismo. Estas épocas generacionales, nunca se puede decir que empiezan o terminan en una fecha exacta.

Rubén Darío es maestro genial en lo moderno. Su obra es grande en musicalidad; Poe (1968:140) llama a la música el más fascinador de los modos poéticos, iniciando así el tono musicista que tiene una gran parte de la poesía universal contemporánea y, de una manera especial, el simbolismo francés y, consecuentemente, el modernismo hispánico.

Frente a todo lo expuesto anteriormente se ubica a Rafael Arévalo Martínez, con su obra El mundo de los maharachías que muestra fuerzas opuestas, en pugna: el bien y el mal, lo

moral y lo inmoral, y que emplea lo descriptivo del matemático y lo intuitivo del poeta. El modernismo se apoya en la realidad sensible, en un mundo ideológico; capta la apariencia de las cosas y, sobre ella, teje su fantasía, el juego de sus metáforas, el desfile de sus sensaciones. Rafael Arévalo Martínez, desde temprana edad, ejerció el oficio de la literatura y se constituyó en el autor más representativo de la llamada generación de 1910. Como todos sus contemporáneos; recibió el influjo modernista; luego, cambió su escritura y la dotó de un tono intimista, sencillo y muy sentimental. De 1900 a 1910, Arévalo Martínez hace acto de presencia en las tertulias o "peñas" literarias del profesor José Vicente Martínez, quien se reunía, al final de la Avenida Siméon Cañas, con escritores innovadores, a quienes se apodaba "Los Esquisúchiles" (nombre de una flor de aroma dulzón). Uno de los mayores influjos, o algo que no puede dejar de mencionarse, porque de alguna manera tiene que influir en el escritor, es la época y las condiciones políticos-sociales que imperaban en ella (1974:50), que repercuten en la literatura. Hay un estado de tiranía, ya que el gobierno de Estrada Cabrera se caracterizaba por la restricción de toda reunión o tertulia. Este tipo de reuniones era considerado como conspiración contra el gobierno. Se temía a las persecuciones de que era objeto la persona que intentaba reunirse con algún fin. Era tomada rápidamente y sin mayor confirmación por sospechosa, porque el gobierno suponía podría soliviantar el

ánimo popular. Una época donde la perversidad, la adulación, la injusticia prevalecían y anulaban todos los valores inherentes al hombre. Sin embargo, a pesar de toda la corrupción, hay algunos indicios de valentía y dignidad que impusieron, a costa de sus propias vidas, los escritores de ese tiempo. Es el caso de Rafael Arévalo Martínez, quien aprovechó su obra para hacer crítica en contra del gobierno. En una de ellas, Ecce Pericles, que quiere decir "ese perico", hace una crítica directa al gobierno de Manuel Estrada Cabrera. Pese a que se había retirado a la intimidad del seno familiar y que se había negado a participar en las lides ideológicas y políticas, mantiene la dirección de la revista "Juan Chapín", la que fue considerada como el único vehículo de comunicación de la llamada Generación de 1910 o Del Cometa. La Generación de 1910 reunió a lo más representativo del modernismo en Guatemala. Después Arévalo Martínez se separa de esta corriente literaria, para encontrar su propia modalidad, sumergirse en un mundo irreal, posiblemente ideal para Guatemala. Sus últimas cuatro novelas tratan sobre temas relacionados con la política, y estos temas son tratados en forma de crítica al momento que se vivía en el país, pero veladamente, como en El viaje a Ipanda y El mundo de los maharachías, en donde intereses privados y comunes se armonizan. Su contribución a la novela guatemalteca fue introducir en el género narrativo, al autoanálisis psicológico, especialmente en sus novelas y cuentos zoomórficos.

D. Fábula

Se presenta un resumen del argumento de la obra, con el fin de que el lector recuerde lo más significativo de la historia o acontecer narrativo. Manuol el Lucío despierta en una extraña habitación y se da cuenta, en su semiconciencia, que se encuentra en un lugar muy diferente a cuanto él había conocido. Se ve rodeado de dos mujeres, Aixa e Isabel, quienes presentan grandes diferencias con las mujeres humanas. Le recuerdan a los simios, especialmente Isabel, ya que tienen cola, aunque son sumamente hermosas.

Aixa lo cuida mientras Isabel pasa la borla de su cola por su rostro, para ayudarlo a recobrase. Aixa le explica que se encuentra en el "Mundo de los maharachías" y que ellos le protegerán. Al recuperarse, es llevado a la casa del padre de Aixa, Mahama Arón, quien es una persona sumamente apreciada en su sociedad.

Manuol va conociendo todas las costumbres de aquellos extraños seres. Aprende a admirarlos y a quererlos entrañablemente. Cada día pasa por diferentes experiencias, las que narra adoptando un papel de historiador de su propia existencia. Pero aquel mundo feliz está destinado a desaparecer y eso empaña un poco la felicidad de todos, pues están conscientes de que sus enemigos, los dromones, que viven pendientes de ellos, los destruirán en determinada fecha. Manuol llega a conocer toda la filosofía, la sabiduría, la historia,

por medio de Aixa, de quien se enamora profundamente. Sin embargo también siente una incontrolable atracción por Isabel, quien está comprometida con Danil. Se compromete con Aixa, pero no llegan a casarse por el repentino ataque de los enemigos. Todos fueron destruidos, en cuenta Manuol que muere espiritualmente sin la presencia de los maharachías.

E. Valores morales de la obra

El mundo de los maharachías posee valores morales superiores a los del mundo real. Un mundo envidiable creado por este admirable autor, y no como fuga de realidad, sino como deseo de una realidad mejor, como anhelo íntimamente sentido de quien contempla el mundo actual, torturado, y propone otro más natural en el que predomina un ambiente de pureza, sabiduría y perfección; una tierra que más parece un paraíso en el que la actitud destructiva del hombre no ha llegado aún:

"...a nosotros los maharachías, huyendo siempre de los hombres sin cola, no porque no pudiéramos combatirlos, sino porque nuestros hábitos eran también pacíficos y nuestra religión de paz..."
(1939:45-46)./1/

Existe una búsqueda constante de una realidad mejor. El autor demuestra su angustia por la realidad en que vivimos.

/1/ Las citas textuales que aparecen de aquí en adelante han sido tomadas del libro citado en primer término en la Bibliografía.

Como corolario, propone en su obra una realidad diferente a la nuestra, que permita ver más claramente la posibilidad y los recursos que tenemos para aprovecharlos mejor. Con ello, podemos valorar lo positivo que la humanidad nos ofrece, para desenvolvernos en un mundo alejado de todo lo que envilece al hombre:

"Le hice una pregunta sobre su país, que le revelaba mi absoluta ignorancia de su historia, y empezó a darme noción del mismo, en la forma metódica y disciplinada que era peculiar a los maharachías. Sus revelaciones me abrieron el horizonte más deslumbrador que ha podido conmover a un Lucío, y todavía hoy, familiarizado con su realidad, me con- turban hasta hacer erizar mi cabello. Si los maharachías son hombres, nosotros, los hombres sin cola, somos bestias". (Ibid, p.16).

Para los maharachías el amor es perfecta comunión que exige una serie de condiciones: debe ser para toda la vida porque, si en caso alguien de los dos falla en su elección, no puede volver a casarse, o si quedara viudo, lo mismo: entre ellos no existe el divorcio. Para lograr una comunión perfecta entre los amantes y no cometer un error selectivo, el noviazgo debe ser prolongado, pues la comprobación de esta armonía es severa y tardía. Existen maharachías que no llegan a casarse, al no encontrar pareja apropiada para el efecto. El acto amoroso es preparado con una serie de ceremonias especiales, lo cual hace también que la descendencia sea obstaculizada:

"Cuando la pareja maharachía se enlaza en el abrazo nupcial, no sólo se unen las bocas y las manos, los

cuerpos y las almas, como entre vosotros, sino también, por encima de la pareja abrazada, las colas. Y al unirse, en el último momento, la efusión de energía eléctrica es tan intensa, que mata a los dos amantes, o por lo menos a uno de ellos, si en la unión hay el menor error selectivo, o si falta, no sólo la necesaria afinidad..." (Ibid, p.58).

Existe fidelidad entre los amantes; si en caso es transgredida esta norma, se detecta inmediatamente por el cambio de color en los personajes: cada uno de ellos irradia por su cuerpo diferentes tonalidades de color. Así, en este caso, el protagonista relaciona el color que la cercanía le da. Para definir en su obra un valor moral en la humanidad, como es la fidelidad, el cambio de color indica inmediatamente que se ha faltado a ella. No cabe duda de que el autor trata de hacer énfasis en que el ser humano debe aferrarse a los valores y rescatarlos para mejorar a la humanidad.

"Quien ha de ser esposo de una maharachía, no puede tener otro color que el de ella. En la química de esa parte casi inmaterial y desde luego imponderable de nuestros cuerpos, que vosotros llamáis alma, no puede un hombre -y sobre todo un maharachía aproximarse a una mujer de su raza sin que sus auras se entremezclen y se verifiquen extrañas combinaciones..." (Ibid, p.24).

Ningún viudo contrae nuevo enlace (costumbre muy especial entre la raza), sino que se mantienen viviendo solos y perpetuando la memoria de sus cónyuges. Tampoco existe el divorcio:

"Ningún viudo contrae nuevo enlace. Por lo mismo, la traición con otro individuo de nuestra raza, y el divorcio, son imposibles..." (Ibid, p.58).

La unión familiar entre padres e hijos. El amor entre los conyuges es tan perfecto, que se proyecta a los hijos y sirve para fomentar y mantener una armonía familiar que permite darle a los hijos una formación integral. En esto vemos un mensaje relativo a la forma de educar con amor a los hijos para cosechar más tarde hombres de bien para la comunidad:

"El del lazo de amor que unía a Jesa y Adola, y a ambos y sus pequeños hijos. Aquello era visible y tangible. Era el hecho más importante que tenía a la vista". (Ibid. p.26).

Diferencia entre amor puro y pasión. La pasión la da el deseo incontrolable de adquirir placer de un ser a otro, tal el caso de Manuel que siente una atracción llena de fogosidad por Isabel, contrario a lo que siente por Aixa, un amor puro que le brinda tranquilidad y paz:

"En aquella boda fue cuando me di cuenta de la terrible y extraña atracción que sobre mí ejercía Isabel, tan distinta de la que me arrastraba a Aixa. La influencia de Aixa en mí era dulcemente serena; la de Isabel violentamente perturbadora". (Ibid. p.20).

Antinomia de pasiones y sentimientos humanos. En su narración, el autor revela en alguna medida su deseo de erradicar del mundo las pasiones humanas, que solamente envilecen al hombre, y darnos a conocer que la raza de los maharachías no ha sido alcanzada por estas pasiones, que sólo tienen cabida en nuestro mundo:

BIELI...
 ...
 ...

"...de amor puro, como el que se pudiera sentir por un dios. Amor que era culto y reverencia sin nada de sensualidad..." (Ibid. p.53).

En la cita anterior se observa la necesidad que tiene todo ser humano de creer en un ser supremo, para sentir amor por él mismo y, en consecuencia, amor por la humanidad. Toda obra tiene como finalidad esencial servir a los semejantes, lo que orienta los pasos de toda persona a la busca de Dios, sobre todo en momentos en que crece la necesidad de creer en un ser supremo por la intensificación de las dificultades existenciales. Creencia en un Dios que rige el destino de las personas:

"¡Estamos en las manos divinas! ¿Crees en Dios?
¿Quien que vive la vida puede no creer en El?"
(Ibid. p.54).

Espiritualidad predominante en la raza. En la obra se observa la espiritualidad que reina en todos los personajes; hay una atmósfera de pureza, amor. Cada personaje ama en diferente forma. No piensa sólo en él, sino siempre está pendiente de servir a la colectividad. Cuando los personajes actúan en otra forma, sienten el castigo en su interior; la conciencia de haber actuado en contra de sus creencias y costumbres. El contacto del protagonista con los maharachías sólo indicia amor; el protagonista los ama entrañablemente:

"...pues ellos me han enseñado el sentido del deber, y mientras sea guardián de su tesoro sentiré que algo de su influencia gratísima y de su pura y santa

personalidad vive conmigo y me da fuerzas para vivir. Me oriento hacia Aixa como los girasoles hacia el sol, en un acto de entrega de todo mi ser. En cualquier parte donde estoy me vuelvo en dirección hacia donde está Aixa, puro astro de bondad y de belleza! Recibe la humilde ofrenda de mi alma". (Ibid. p.54).

Los maharachías defienden los intereses de todos, especialmente el concerniente a la vida. Entre todos procuran el beneficio de la colectividad, a diferencia de los humanos quienes egoístamente ven su conveniencia sin importarles las aspiraciones de los demás; si es posible, buscan su bienestar a costa, incluso, de destruir a los demás. Los maharachías velan por la vida de todos; siempre están vigilantes ante todo aquello que pueda terminar con la existencia de la raza:

"...para sintetizarlo, para manifestarte que el bien de la comunidad está sobre todo. Lo que hay que defender antes que nada, es la vida. ¡Ah, los hombres sin cola no conocen el tesoro que es la vida! Tesoro que tienen entre sus manos y dilapidan. Hay que vivir. ¡Vivir!" (Ibid. p.36).

Los cónyuges poseen los mismos derechos. El amor de los amantes es tan perfecto, como se comentó anteriormente, que en esta raza no existe la supremacía de nadie porque, desde el momento en que unen sus vidas, ya han llenado todos los requerimientos de un connubio irreprochable. Con ello, no hay discusión entre ellos, porque es tal la comprensión entre ambos que, sin que manifiesten sus pensamientos uno al otro, se entienden y actúan como una sola persona. El didactismo sobre cómo deberían ser los esposales es evidente:

"-Esa es una pregunta sin cola- contestó. Sé que entre vosotros se disputan sobre quién tiene la supremacía en el matrimonio, y sobre los derechos concedidos a la mujer. Entre nosotros no. Aun antes que el esposo exprese un mandamiento, ya su mujer lo ha obedecido. ¿No ves que somos como el brazo de nuestros maridos?" (Ibid. pp.26-27).

Existe la búsqueda de un valor perdido en nuestro mundo: la fe en los semejantes. En el ser humano predomina la desconfianza por causa de que antepone sus intereses a los de los demás y, por ende, olvida el bien de la comunidad. En los maharachías hay una fe absoluta en cada uno de los personajes, porque todos defienden los intereses de la colectividad. Todos tienen fe ciega en el guardián de sus bienes:

"Mi tío, y lo mismo mis otros patrones, confían ciegamente en mí. Llevo las cuentas de todos; pero en varios lustros ninguno me las ha pedido". (Ibid. p.33).

El labrado de la tierra es un arte; no una obligación. En nuestro medio, con frecuencia creemos que labrar la tierra es una pesada tarea que realiza sólo cierta clase social (el campesino), a cambio del sustento alimenticio. En el mundo de los maharachías, uno de los personajes principales, Mahama Arón, cree que labrar la tierra es bien que se le hace al espíritu; el trabajo es para ellos acción agradable:

"-Corlos me alivia el espíritu, a la hora del espíritu; pero no debe descargarme el cuerpo, a la hora del cuerpo. Todos los hombres, hasta los gobernantes, debieran labrar la tierra un poco. No es el menor pecado de tu raza haber olvidado esta lección..." (Ibid. p.90).

En el gobierno de Costa Dorada es tal la disciplina de cada uno de sus pobladores, que existe una tranquilidad natural. Nadie rompe la concordia de sus moradores, por lo que no hay castigos, ni transgresores, ni leyes. Las pocas desaveniencias son subsanadas entre ellos mismos. Recurren, en casos muy especiales, a un gobernante circunstancial, que se llama Untono y de quien reciben órdenes, las que inmediatamente son cumplidas:

"-En rigor, podría decirte que Untono. De derecho, ninguno. ¡Somos ya tan pocos! Nadie rompe nuestra armonía". (Ibid. p.33).

F. Régimen político social

La sociedad es el centro de toda organización política; se puede regir por determinadas leyes. En Costa Dorada, tienen como régimen los preceptos dados por Dios, o sea la ley antigua de Moisés para gobernar al pueblo de Israel, prescripción fundamental que regula la extensión de los derechos y deberes mutuos del gobierno y ciudadanos, canon dictado conforme a la voluntad divina y a la recta razón. En tales preceptos no existe la corrupción del gobierno de los hombres:

"...hace ya cientos de años, nuestro último régimen político fue el moseísmo puro, no este corrompido moseísmo de los hombres sin cola, en que el sufragio es una vana mentira. Al moseísmo llegó nuestra raza, en su hora penúltima, como al más grande don que le hicieron los dioses, porque si éstos obedeciesen a las leyes políticas, sin duda serían las del moseísmo". (Ibid. p.33).

La organización política es colectiva. Lo colectivo es fundamental para su organización política, porque todos velan por la rectitud. La lealtad y la fidelidad son bienes propicios para la comunidad:

"¡Mirá! ¿Qué gobierno es el de este enjambre? Yo no podría decírtelo. Habría que preguntarlo a los hombres sin cola. Te digo; únicamente, que es un gobierno colectivista". (Ibid. p.35).

Existe un personaje que administra las tierras y es registrador a la vez. En toda organización político-social, hay una persona encargada de velar por los bienes materiales y morales de la comunidad; en el mundo de los maharachías, Untono. Lo hace con tal rectitud, que nunca le piden cuentas de ello; también es el registrador civil y el que interviene en casos de desavenencias:

"Yo manejo los intereses materiales de él, los de Isabel que es muy rica, y los de siete más de mis familiares y amigos, dedicados a absorbentes tareas, útiles a nuestra gran familia. Es mi cometido en nuestra pequeña república". (Ibid. p.33).

No existe un gobernante, pero los habitantes atienden, en un momento dado, las órdenes. Dirigen sus quejas a Untono, para que él sea el encargado de buscar soluciones en forma pacífica sin agresiones. Sus decisiones son respetadas y luego se vuelve a la normalidad. Así es la vida de los maharachías:

"En rigor, podría decirte que Untono. De derecho, ninguno. ¡Somos ya tan pocos! Nadie rompe nuestra armonía". (Ibid. p.33).

Costa Dorada es paradigma de nación sin partidismos políticos. Siendo una nación donde los intereses son comunitarios, no funcionan los partidos políticos, porque cada uno de los seres participa colaborando en todo lo que sea para bien de la comunidad. Rafael Arévalo Martínez, en su obra, compara los partidos políticos con una colmena, en la que todos deben trabajar para bien de la comunidad. No como los hombres, que se matan por la diferencia de doctrinas. El autor aprovecha para dejar un mensaje a la humanidad: la búsqueda de una nación donde todos los partidos se unan para el bien común:

"¿Qué individuo vive aquí personalmente? ¿Quién vive aquí sólo para sí mismo? ¡Ah, porque no quieren entender esto los hombres sin cola! Yo les preguntaría, usando las mismas denominaciones que han inventado para sus partidos políticos, si el gobierno de una colmena es socialista o comunista, ya que estos animalitos parecen proceder como si comprendiesen la noción del estado. Los hombres, en tanto, se matan por cada una de las doctrinas que acabo de mencionarte y que creen contradictorias entre sí..." (Ibid. p.36).

G. Mundo utópico

La utopía muestra un aislamiento total de otras civilizaciones. El autor utiliza a los maharachías para tejer una trama comprensible al lector, con seres semejantes a los simios. El relato en la obra lo realiza con una serie de constantes que se desarrollan en una utopía. Predomina el temor a la extinción de la raza, por ser un número reducido; esto se debe a la incapacidad de reproducción, por razón de ciertos factores que norman su vida:

"¿Comprendéis mi impresión? Porque aunque en las Lucías, mi muy lejana tierra desde las aulas primeras se nos enseñaba que en el estado septentrional del grande y único continente de Atlán la raza gobernante tenía aquel extraño carácter tan ajeno a la humanidad, aquella apariencia física inusitada, también se nos enseñaba que no se dejaba ver nunca por sus gobernados, salvo muy raras excepciones..." (Ibid. p.7).

El mundo de los maharachías describe una utopía al mostrar a los personajes con una naturaleza física diferente y, en cierta forma, superior a la de los humanos. Su físico es similar al de los simios y simboliza una naturaleza primitiva. La raza busca en el ambiente lo agradable del sol, el frío; buscan todo lo positivo que les rodea, tienen un concepto muy particular sobre la unidad:

"Entiendo que los hombres sin cola han perdido, con el apéndice caudal, como él me lo dijo tantas veces, el fiel de la balanza y el sentido de orientación: el sentido del cielo y sobre todo el sentido de la tierra. Que por eso son en exceso místicos y descuidan los deberes del suelo; o sensuales y descuidan los deberes del cielo; metafísicos y no ven el orden espiritual cuando todo término antinómico se resuelve en una unidad superior; cuando en todas las direcciones la clave es ésta: buscad la unidad y todo otro conocimiento se os dará por añadidura". (Ibid. pp.49-50).

Los maharachías poseen cola, lo cual constituye la diferencia entre "la raza cruel" (como ellos llaman al hombre) y la pródiga, que los identifica como de su especie. La cola es distintivo que les permite gozar de todos los privilegios que ellos tienen. La cola de los maharachías es todo un símbolo de poder; es utilizada con un predominio tal que, sin

ella, perderían todos los privilegios a que tiene derecho dicha raza. El autor describe en toda la obra la simbología que para ellos tiene la cola; una es la elegancia tanto en el hombre como en la mujer; cuidan de ella celosamente por ser para ellos un atractivo personal:

"luego, todos, al mismo tiempo se pusieron de pie, e irguieron sus hermosas colas". (Ibid. p.40).

Para el sexo, la cola es un órgano muy importante: les sirve para ejercer el ceremonial de la cópula, por ser ella símbolo de atracción sexual; incluso la emplean durante la unión misma:

"Esas sedosas motas en que terminan nuestras colas y que has visto ya, se unen en la cópula..." (Ibid. p.59).

La usan ritualmente como curación, junto con el beso. En casos extremos, para volver a la vida a alguien, tal como lo hicieron con Lucío, el narrador protagonista de la obra, observador y cronista de la vida de los maharachías:

"El beso sirve para curar, pero el más grande recurso, reservado para el último extremo, es el pase magnético de la cola por el rostro". (Ibid. p.59).

La cola de los maharachías simboliza tanto poder en ellos que, por su medio, llegan a conocer el mensaje de su muerte, porque es usada como antena receptora de sonidos que sólo ellos tienen el privilegio de escuchar:

"Los maharachías, parecieron de pronto no escuchar; el orador pareció de pronto no seguir hablando... Luego, todos, al mismo tiempo, se pusieron de pie, e irguieron sus hermosas colas verticales, señalando hacia el oeste... El mensaje decía así: la fecha que con ansiedad esperábais conocer, es la del segundo día de la próxima luna de Nesán. Para ese día está señalada vuestra muerte, tal como lo han dictado los dromones..." (Ibid. p.40).

Tienen poderes y energía reconstructiva de células. La cola es un miembro de la raza maharachí, cargado de magnetismo que transmite energía y, con ello, hay reconstrucción de células:

"...y de que quella borla era lo que producía el magnético e inenarrable goce, que con nada sería propio comparar pues era de indefinible naturaleza, por lo intenso y absorbente, y por parecer llegar a las fuentes mismas de la vida". (Ibid. p.5).

El vínculo sexual que une a Manuel e Iabel, juntamente con una raza que no puede reproducirse con naturalidad, debido a su gran desarrollo psíquico, es propio de un tema utópico:

"Cuando Iabel te acarició con su linda mota azulada, se unió a tí con un vínculo que nada puede destruir. Especial destino el tuyo, oh lucío. Hemos hecho por ti cosas que casi te hacen entrar en la comunión de los maharachías". (Ibid. p.60).

El hecho de que entre el amor o las relaciones de enamoramiento, entre Manuel y Aixa, y entre Manuel e Iabel, se pueda tejer un símbolo del dominio sobre la conciencia, hace pensar en un relato simbólico; una utopía:

"La terrible y extraña atracción que sobre mí ejercía Iabel, tan distinta de la que me arrastraba a Aixa... se había establecido entre nosotros un vínculo de inquietante naturaleza, que bastaba para explicar el género de aquella extraña atracción". (Ibid. p.20).

Los celos de Aixa para con Manuol, que bien podría llamarse de tipo "superlativo espiritual", son actitudes extrañas al mundo normal; parecen elementos que forman un sueño utópico:

"-Sí, Manuol. Yo soy la mejor parte de ti mismo; pero Iabel influye en la más fuerte. Influye, sin que tu puedas evitarlo, desde que te volvió a la vida con el suave pasar de la seda de su cola por tu rostro. Te aconsejo que no la busques. Evítala podrías llegar a enloquecer, con una mala locura que nos obligaría a alejarte de nosotros, si frecuentas su trato..." (Ibid. p.24).

Una de las constantes en una utopía es la educación. En la raza de los maharachías la educación se imparte con amor y es considerada algo especial:

"Mientras hablaba, comprendí cuál era la debilidad de los maharachías. Su único pecado era el excesivo amor a sus hijos. Bastaba para saberlo, el oír aquella cálida voz de ternura con que hablaban de ellos; y ver aquella grave y profunda mirada de tristeza y de conciencia con que los contemplaban..." (Ibid. p.28).

La tendencia a desenvolverse dentro de una colectividad es importante, aunque se trata de personajes parecidos a los primates, que están dentro de una escala animal, están bien organizados y trabajan para el bien común:

"Aquí el estado es todo, y el bien sagrado que se defiende es únicamente el de la vida. Todo concurre en función de estado. ¡Fíjate! hasta el amor. Todo en bien de la colectividad, y para asegurarle la supervivencia. ¿Qué individuo vive aquí para él mismo?" (Ibid. p.35).

El hecho de usar o mezclar nombres y topónimos fácilmente reconocibles, con ideas culturales, manifiesta su interés en mostrar y montar un mundo utópico:

"Mis amos gustan de hacer ejercicios al aire libre, de remar a la luz de la luna, en su bella bahía de Posamento; de jugar bolas; de deslizarse a través de los aires en los trapecios..." (Ibid. p.37).

H. Organización social y familiar

Entre los personajes principales, Mahma Arón representa al jefe de familia, al hombre ejemplo de trabajo, rectitud e inteligencia; es personaje que da a conocer la inmensidad de la naturaleza, de las labores agrícolas, pues las acepta como otro placer de la vida, en el cual todos deben participar. Dedicado a la investigación científica, a guisa de profundo pensador, dice que, mediante sus investigaciones, ha llegado a comprobar que el canto de los pájaros sirve para orientarse en la selva, buscando en los "divinos cantores" rutas y señales luminosas en el conocimiento de la naturaleza:

"Mahma Arón, uno de los más estimados, está entregado de lleno a investigaciones científicas, como es tan frecuente en esta raza que tiene culto por el trabajo..." (Ibid. p.25).

Aixa e Iabel representan a la mujer. Aixa es la que

que brinda amor tranquilo, lleno de paz. Aparece en toda la obra favoreciendo con su dulzura a sus semejantes. El autor la describe como una mujer que, con sólo oír su voz, el oyente se goza como con una bella melodía. Por ella, el protagonista llegó a conocer el corazón de aquel pueblo:

"La influencia de Aixa en mí era dulcemente serena". (Ibid. p.20).

Iabel simboliza la pasión. Es considerada como mujer inalcanzable para alguien que no sea de su raza. Contraria a Aixa, Iabel es personaje turbador. Su cercanía trastorna la mente de quien está próximo a ella, por la atracción desenfrenada y fogosa que le ocasiona:

"... pero Iabel, contra la costumbre de su raza, sí me apretó ligeramente a la izquierda al irse. ¡Y casi me desmayé de placer! Fue aquel un espasmódico deleite, probablemente de naturaleza eléctrica o magnética. Y me volvió loco durante un momento..." (Ibid. p.12).

Manuol, el personaje humano, dice que llega a amarlos por el sólo contacto con la raza; también es llamado el Lucío:

"¿No recuerdas el tratamiento que todos los días te impone mi padre? Yo le pedí que no te hiciera olvidarme. Me contestó que era imposible que me olvidaras; que tienes que recordar, no sólo todo lo que se refiere a mí, sino cuanto concierne a los maharachías..." (Ibid. p.56).

La raza de los maharachías tiene sus propias características físicas. Usan mobiliario apropiado a su situación física:

"Oh, Dios mío, cuando Mahma Arón, dueño de la casa, se sentó, a breves pasos del lecho en que ya me permitían sentarme a mí también, icómo me sentí de conturbado! Se parecía mucho a su hija: la tez muy blanca; la cabeza grande, con frente muy espaciosa; los ojos pequeños azules y de pobladas cejas, ligeramente oblicuas; los pómulos prominentes; la boca pequeña e imperiosa; el poderoso tronco; el estómago grande; las piernas relativamente cortas. Se sentaba en su silla, muy alta y fuerte, con sensible esfuerzo, despatarrado, muy inclinado hacia atrás. La cola entraba, sin necesidad de visión y casi sin tacto, en una hendidura vertical, practicada en el respaldo de la silla y cuya base era un orificio de diámetro mayor". (Ibid. pp.9-10).

La vestimenta de los antepasados de los maharachías, según los álbumes de fotografías, era sumamente adornada:

"La cola, sobre todo, aparecía profusamente adornada; pelos lacios formaban pequeñas y múltiples trenzas, acabadas en muchos y vistosos listones; y varias pulseras de oro y de plata, de tamaño desproporcionado..." (Ibid. pp.61-62).

La vestimenta actual era muy parecida a la de los humanos; se notaba una gran diferencia entre las modas de los antepasados y las actuales:

"Aquellos seres estaban vestidos con el uniforme traje de este siglo. Calzaban zapatos; usaban ellos calzones y pequeños sacos de seda, y flotantes vestiduras ellas". (Ibid. p.11).

Tienen pocos hijos, dado que la pareja maharachía, para llegar a tener relaciones sexuales, tiene que ser preparada. Los preparativos pre-nupciales llevan mucho tiempo y, como consecuencia, el ciclo procreativo es corto y se abre-
via la descendencia:

"La pareja maharachía apenas engendra dos o tres hijos. Para el acto amoroso, muy espaciado, se prepara largamente, con dieta especial y descanso. El maharachía es el mejor fisiólogo e higienista del mundo. Así el acto sexual, cada día más condicionado, restringe la descendencia y abrevia la poderosa raza de los maharachías". (Ibid. pp.58-59).

I. Comercio

Como toda organización político-social, necesitan del trueque de sus producciones para su supervivencia. Aunque se encuentran aislados de las civilizaciones del mundo, comercian únicamente con Ipanda y otras regiones de Atlán, para costear sus investigaciones científicas:

"...producía trigo en grandes extensiones. Cuando me lo dijo Carlos, le pregunté: -Entonces ¿para qué lo produces? -Para comerciar con Ipanda. Necesitamos sus monedas, entre otros usos, para tratar con distintas regiones de Atlán, en donde realizamos investigaciones científicas". (Ibid. p.32).

El comercio es reducido, por ser una ciudad aislada del resto del mundo. Con la única que lo llevan a cabo es con Ipanda y, por ella, se relacionan con otras regiones de Atlán:

"Para comerciar con Ipanda..., entre otros usos, para tratar con distintas regiones de Atlán," (Ibid. p.32).

J. Alimentación

El pueblo maharachí es por naturaleza vegetariano; come frutas y cogollos de ciertas plantas que cosecha. El

protagonista Manuol se acostumbra a comer de la misma forma: se ha identificado tanto con esta raza que se ha olvidado de la carne como alimento. Pensar en volver a comerla le produce náusea, quizá por la angustia que siente al pensar en volver a su mundo:

"Era que mi mirada se hizo aún más dura cuando la vi masticar un poco de carne, y ésta me causó náuseas con su profundo olor, pues a la mesa de los maharachías sólo comía frutos, cogollos tiernos y plantas crudas". (Ibid. p.67).

El narrador describe los conocimientos que el pueblo ha obtenido por Iabel, acerca de la alimentación de sus antepasados, los cuales, siendo ganaderos, comían carne de animales, huevos y leche, pero cambiaron su alimentación a vegetales por recomendación de sus médicos, quienes estimaban su alta calidad nutritiva:

"Antes fuimos ganaderos. Hasta que hace pocos siglos, y ya en esta bendita tierra de Ipanda, nuestros médicos nos enseñaron que originalmente estábamos conformados para vivir de frutas y de tallos". (Ibid. p.63).

La justificación que hace la raza maharachí sobre el cambio de alimentación, es porque consideran que la vegetal es más sana:

"estábamos conformados para vivir de frutas y de tallos, como lo demostraban nuestros molares, y que hoy, en que ya podíamos de nuevo hacerlo, deberíamos volver a esta sana dieta..." (Ibid. p.63).

Siendo esta raza netamente vegetariana en su alimentación,

Manuol se introduce con tal profundidad en el mundo de los maharachías, que olvida completamente las costumbres humanas, especialmente la alimenticia. El protagonista aprende, con los maharachías, a comer todo lo que ellos cultivaban para esta necesidad:

"a más de otras muchas plantas, viñedos, árboles frutales y ciertas especies cuyos cogollos tiernos constituían alimento preferido por los maharachías;" (Ibid. p.32).

Disfrutan de las horas de las comidas; tienen invitados que participan de las sobremesas acostumbradas por los maharachías, durante las cuales se comenta sobre lo importante que acontece en sus investigaciones, trabajo y sobre las diferentes inquietudes que pudieran surgir entre los miembros de la raza maharachí:

"Y cada día aprovecha la sobremesa para interrogar a uno de sus sabios colegas, especialmente invitado a este fin, sobre diferentes cuestiones trascendentales. Ha compartido así sus alimentos con electricistas, fisiólogos, poetas..." (Ibid. p.25).

K. Diversión

Los maharachías se entretienen sanamente después del trabajo, pero es curiosa la poca importancia que conceden al deporte:

"Mis amos gustan de hacer ejercicios al aire libre, de remar a la luz de la luna, en su bella bahía de Posamento; de jugar bolas; deslizarse a través de los aires en los trapecios... Trabajan todo el día con asiduidad; pero desde que empieza a caer la

tarde, hasta altas horas de la noche, juegan, pasean, se columpian de los árboles, nadan, reman, bailan, con el fondo plateado de la noche o a la clara luz solar, que frente a ellos hace caprichosos juegos dorados sobre las olas brillantes..." (Ibid. p.37).

En sus paseos campestres, gozan y disfrutan de lo que les brinda la naturaleza:

"Enormes árboles centenarios ennoblecían el lugar, y a su sombra se desarrolló la partida de placer a la que había sido invitado". (Ibid. p.21).

La construcción de sus viviendas frente al mar les da la oportunidad de gozar con los baños y regatas:

"Sus viviendas, unidas unas a las otras en una gran extensión, daban al mar: un extenso espacio de costa estaba destinado a sus baños y regatas". (Ibid. p.21).

Sus juegos se llevaban a cabo con la participación de niños, adultos e incluso ancianos. Involucran en sus diversiones al protagonista Manuel:

"gentiles como ángeles, persiguiéndose en múltiples y armoniosos giros, aquellas criaturas gozosas y bellas eran como seres deíficos, como seres celestes. Desde luego no pertenecían del todo a la tierra... cada uno de aquellos adultos -padres o abuelos- que compartían sus juegos".

"Luego entre él y Iabel, que había llegado a nosotros, volvieron a cargarme juntos y bajaron al suelo riéndose". (Ibid. pp.22-81).

Sus diversiones se combinan con danzas y música; ellas revelan la grandeza y lo excelso de su espíritu. La música

sólo puede ser apreciada y valorada por un alma sensitiva y pura. Manuel tiene el privilegio de poderla oír; cuando lo logra, siente temor porque la música se aleja, pero en realidad es el temor de volver a su mundo, indicando con ello el deseo de vivir en ese lugar maravilloso. La raza maharajá percibe la música y lo demuestra con sus movimientos de danza. Es una música que, según el autor, es imposible describir:

"De pronto los vi detenerse en medio del camino como prestando atención a un ritmo inaudible -por lo menos para mí- y luego continuar. Sus pasos eran cadenciosos, como si los regulase una armonía desconocida. Ya en el ancho del recinto, dispuesto para el baile, danzaron al compás de una música que yo no podía captar con mis toscos oídos de la raza mutilada, pero ellos percibían por las enhiestas antenas de sus colas..." (Ibid. pp.37-38).

L. Faenas

Cada uno de los personajes tiene tareas distintas, ya sea en el campo o en la casa. Utilizan al hombre sin cola para las labores agrícolas y domésticas. En el discurso narrativo se percibe un mensaje de algo ideal: la humanidad debería trabajar para bien de la comunidad:

"Yo fui la última de los servidores sin cola que tuvieron. Hoy se sirven a sí mismos y sólo la clase gobernante emplea secretarios para sus con-
tadas relaciones con los hombres sin cola".
(Ibid. p.52).

"En los extensos trigales, vi, por primera vez, trabajar ipandeses sin cola. Desde tiempo inmemorial, esta raza generosa nos ha ayudado en nuestras siembras -dijo Corlos- Busca y ama nuestro servicio". (Ibid. p.32).

Todos los hombres maharachías dedican parte de su tiempo a labrar la tierra, como arte, y además para su alimentación:

"Todos los hombres, hasta los gobernantes, debieran labrar la tierra un poco. No es el menor pecado de tu raza haber olvidado esta lección...." (Ibid. p.90).

Las mujeres maharachías suelen practicar el arte u oficio del cultivo de las flores:

"y corrí al jardín, en donde sabía que a aquellas horas solían estar las dos doncellas, trabajando en el cultivo de las flores o de los árboles frutales". (Ibid. p.87).

Una semejanza con la mujer del mundo humano es su dedicación a las labores manuales:

"Aixa sonrió agradecida a la invitación de los amantes y continuó bordando una prenda interior de ropa". (Ibid. p.79).

Mahamá Arón, uno de los personajes principales de la obra, dedica su tiempo, además de sus múltiples ocupaciones, a cultivar huertas y a la Apicultura:

"-Mira, me dijo Arón, quien tenía ante sí, en la hermosa huerta próxima a nuestra habitación, una colmena, a la que antes lo había visto yo dedicarse con celo, lo mismo que a otras similares, pues era hábil apicultor..." (Ibid. p.35).

M. Ceremonias

Son muy parecidas a las de los hombres comunes y corrientes. Hay consagraciones en templos; recepciones. El autor

trata en su obra lo negativo del mundo, pero a la vez introduce lo que considera positivo:

"¿Cómo se casarían los maharachías? Pronto pude ver que, en sus líneas generales, la realizaban como en las Lucías. Muy religiosos, consagraban la boda con una imponente ceremonia nupcial, en los templos que dedicaban al Ser Supremo y con una ceremonia social en casa de los desposados". (Ibid. p.17).

Las comidas son toda una ceremonia; las usan como medio para interrogarse acerca de los diferentes tópicos de la vida maharachí:

"Hoy sentó a su mesa, a más del sabio químico Loan, a Jesa, a su esposa Adola, y a sus dos pequeños hijos, Rodo e Isalda... Y esta vez, a pesar de que el tema me interesaba mucho, no pude oír las sabias enseñanzas de mi huésped y de su visitante..." (Ibid. p.25).

El trato entre los amantes o los esposos siempre va unido a una serie de actos, que más parecen una ceremonia:

"Era el hecho más importante que tenía a la vista; ocupaba la mesa más que los manjares, y llenaba la estancia más que la presencia de los restantes comensales solteros. ¿En qué forma dar idea de aquel puro amor familiar? Era como una cadencia angélica, como un dulce ritmo embriagador, como una llamada armonía". (Ibid. p.26).

Su diversión es también todo un ceremonial, con una serie de preparativos:

"a una hora que esperaron con anhelo, pues habían consultado antes varias veces sus maquinatas de computar el tiempo. De pronto los vi detenerse en

medio del camino, como prestando atención a un ritmo inaudible -por lo menos para mí- y luego continuar. Sus pasos eran cadenciosos, como si los regulase una armonía desconocida". (Ibid. p.37).

Para efectuar una boda de una pareja de maharachías, es necesario una preparación casi ritual:

"necesitamos una gran preparación antes de efectuar el matrimonio. Además la selección es cada vez más severa. La maharachía que elige o acepta a un maharachía, tiene que pensar mucho lo que hace... Una vez formada la pareja es eterna". (Ibid. pp.57-58).

El acto sexual es un ritual, en el cual se fusiona, espiritual y físicamente, la pareja maharachí:

"Cuando la pareja maharachía se enlaza en el abrazo nupcial, no sólo se unen las bocas y las manos, los cuerpos y las almas". (Ibid. p.58).

El ritual que conlleva la cola de los maharachías es muy especial. Es el miembro que utilizan para las ocasiones trascendentales de su vida: elegancia, atracción sexual, curación y aun en la cópula:

"Esas sedosas motas en que terminan nuestras colas y que has visto ya, se unen en la cópula y, como fuertes polaridades, dan lugar a una intensa corriente eléctrica. Pero los maharachías no pueden prodigar ni la unión de las colas ni el beso de las bocas. Los reservan para la conjunción amorosa". (Ibid. p.59).

N. Formas de comunicación

Los maharachías hablan el idioma universal, lo que les permite una comunicación con el protagonista; al despertar al nuevo mundo, tiene la oportunidad de conocer y conversar con Aixa una de las mujeres de esta raza:

"Y entonces Aixa me habló. Me habló con un raro acento, inconfundible y misterioso, pues su voz, en aquella viva sensibilidad de los convalecientes, me sonaba como celeste campana, pidiéndome reposo". (Ibid. p.6).

Se alegran de que su idioma tenga validez y también de comunicarse con quienes desean:

"-No te parece que fue buena medida de la Sociedad de Naciones, establecer como idioma mundial el suave y puro de mis padres, el dulce maharachía? (Ibid. pp.11-12).

La importancia de tener el mismo idioma es aprovechado por Manuel, el protagonista, quien, repuesto de su impresión, se encuentra observando un nuevo mundo y lo describe así:

"Cuando después de pasados algunos días de esta escena, al fin pude hablar; cuando se me permitió conversar largamente, empezó a descorrerse, para mí, la más maravillosa de las civilizaciones. Aixa me instruía en los pasajes más largos e íntimos, Arón en los más científicos y filosóficos, Iabel en los más pintorescos y femeninos. Por Aixa conocí el corazón de aquel pueblo superior; por Arón su cabeza; por Iabel su fantasía". (Ibid. p.13).

Aixa introduce al protagonista en la intimidad de los maharachías, lo conduce dándole a conocer todos los pasajes de la vida de ellos:

"Aixa me instruía en los pasajes más largos e íntimos... Por Aixa conocí el corazón de aquel pueblo superior;" (Ibid. p.13).

El protagonista interroga y observa a los personajes, para saber acerca de las costumbres y tradiciones de los maharachías:

"Le hice una pregunta sobre su país, que le revelaba mi absoluta ignorancia de su historia, y empezó a darme noción del mismo, en la forma metódica y disciplinada que era peculiar a los maharachías. Sus revelaciones me abrieron el horizonte más deslumbrador que ha podido conmover a un lucío," (Ibid. pp.15-16).

Iabel da a conocer a Manuel el pasado y presente de la raza maharachí, a través de un álbum que conserva celosamente:

"...este viejo álbum de familia era un documento tan interesante para la antropología,... Por ninguna parte se ve aquí el lazo que un día debió unirnos a los hombres sin cola, y o el que nos separamos en diferentes direcciones". (Ibid. pp.63-64).

Manuel es escogido por la raza maharachí para comunicar al mundo del futuro todo lo referente a su historia; confían en él al depositar en sus manos un manuscrito con el cual pretenden perpetuar su memoria:

"Esperamos, antes de que nos quiten el poder y nos hagan morir, hacerte volver a las Lucías, y confiarte el manuscrito de nuestra civilización... Debes salvarte, engendrar hijos y enseñarlos a perpetuar nuestra memoria". (Ibid. p.55).

Asiste el protagonista a las diferentes actividades maharachías; es en una de ellas en la que comunican el final de la raza maharachí:

"El mensaje decía así: La fecha que con ansiedad esperábamos conocer, es la del segundo día de la próxima luna de Nesán. Para ese día está señalada vuestra muerte, tal como la han dictado los dromones..." (Ibid. p.40).

0. Ambito

Los maharachías se desenvuelven en una atmósfera de gran cordialidad. Son seres que irradian luz y sonrisas. Se trata de un mundo envidiable creado por el autor:

"Gentiles como ángeles, persiguiéndose en múltiples y armoniosos giros, aquellas criaturas gozosas y bellas eran como seres deíficos, como seres celestes. Desde luego no pertenecían del todo a la tierra. Eran la especie arbórea, semialada, de los maharachías, suspendidos entre la tierra y el cielo". (Ibid. p.22).

El ámbito de los maharachías es Atlán, en la isla de Costa Dorada. Se encuentran completamente aislados del resto del mundo; sólo tienen relación con Ipanda:

"aceptando que no había en ella más grande continente que el enorme y casi cuadrado de Atlán, ...-fueron consideradas las Lucías, mi patria, como las islas más aisladas y lejanas," (Ibid. p.14).

Los maharachías, como los humanos, sienten temor ante la muerte. En toda la obra se menciona con frecuencia su inminente extinción. Es la angustia del autor del mundo en que vivimos y el deseo de una convivencia ideal:

"...la pura raza inocente, arbórea y vegetariana, fueran a morir y desaparecieran, vencidos por la cruel, carnívora y guerrera raza de los hombres sin cola". (Ibid. p.115).

Mueren los maharachías a manos de los hombres. El protagonista finaliza su obra sin enviar su mensaje con la fidelidad debida. Posiblemente su mensaje sea el de no encontrarle solución a la complejidad e insensatez de nuestro mundo:

"Murieron y murieron sin darme el mensaje supremo. Yo sé bien que ellos me habían reservado para iniciarme en su secreta sabiduría, de la que sólo me dieron atisbos..." (Ibid. p.115).

III. CONCLUSIONES

Después de haber analizado la idealización de los valores humanos de la obra *El mundo de los maharachías*, de Rafael Arévalo Martínez, presento las siguientes conclusiones.

1. *El mundo de los maharachías* es una utopía. Los personajes -los maharachías- el ámbito, el ambiente, la organización social-familiar, económica, jurídica, etc. y los valores de toda índole son, en su generalidad, inverosímiles. La historia o argumento es realizado a base de símbolos.

2. El autor logra comunicar a sus lectores un gran interés y admiración por la pintura de aquel perfecto y paradisiaco mundo de los maharichías. Hace llegar su mensaje a tal punto que provoca una profunda meditación al comparar nuestro mundo con el de ellos.

3. Cada uno de los elementos utópicos -ya sea los rasgos individuales de los maharachías como en lo social- son simbólicos; es decir, no solamente denotan diferencias sino connotan una serie de posibilidades de introducirlas en nuestro mundo humano.

4. Rafael Arévalo Martínez se inspira en otras obras utópicas de grandes escritores, quienes concibieron

mundos sumamente perfectos, para contrastarlos con el propio, con una finalidad de mejoramiento y superación.

5. El autor, a pesar de que se inspira en obras utópicas anteriores, imprime una gran originalidad a su obra al presentar muy diferentes a los humanos, con algunos rasgos físicos que nos recuerdan a los animales.

6. La utopía señala como constantes la simetría, la uniformidad, la fe en la educación, el dirigismo, la hostilidad hacia la naturaleza, colectivismo, la tendencia al trastrueque radical de usos y cosas, el aislamiento de la ciudad utópica del resto del mundo, la felicidad a media, etc.. Al enumerar todas las características anteriores, se encuentra en *El mundo de los maharachías* la mayor parte de ellas.

7. El hecho de mezclar los nombres y los topónimos con ideas culturales manifiesta su interés en mostrar una utopía.

8. El amor o relaciones de enamoramiento entre Manuel y Aixa, e Iabel y Manuel, se aproxima a un símbolo del dominio sobre la conciencia; hace pensar en un relato simbólico: una utopía.

BIBLIOGRAFIA

- Arévalo Martínez, Rafael. El mundo de los maharachías. Guatemala, 1939. Unión Tipográfica Muñoz Plaza y Cía. 126 pp.
- _____ ; Viaje a Ipanda. Guatemala, C.A., Centro Editorial S.A. 1939. 228 pp.
- Arévalo, Teresa. Rafael Arévalo Martínez biografía de 1884 hasta 1926. Guatemala, 1971. Tipografía Nacional. 422 pp.
- Alvizúrez Palma, Francisco y Catalina Barrios y Barrios. 1982. Historia de la literatura guatemalteca. Guatemala, Editorial Universitaria. 338 pp.
- Amoros, Andrés. Introducción a la novela contemporánea. Madrid, 1979. Cátedra, S.A. 158 pp.
- Armiño, Mauro. Diccionario de Literatura. Barcelona, 1972. Editorial Sopena, S.A. 877 pp.
- Bousoño, Carlos. El simbolismo teoría de la expresión poética. Tomo I. Madrid, 1976. Editorial Gredos. 597 pp.
- _____ ; Teoría de la expresión poética. Tomo I. Madrid, 1976. Editorial Gredos. 610 pp.
- Bowra, C. M. La herencia del simbolismo. Buenos Aires, 1951. Editorial Losada, S.A. 302 pp.
- Castillo, Homero. Estudios críticos sobre el modernismo. Madrid, 1968. Editorial Gredos, S.A. 416 pp.
- Correa, Gustavo. El simbolismo religioso en las novelas de Pérez Galdós. Madrid, 1974. Editorial Gredos. 274 pp.
- Diccionario. Nuevo Diccionario de la Lengua Española. Barcelona, 1954. Editorial Ramón Sopena, S.A. 1136 pp.
- Feidelsón, Charles. El simbolismo y la literatura norteamericana. Buenos Aires, 1976. Editorial Nova. 360 pp.
- Marroquín Rojas, Clemente. La bomba de los cadetes historia de los atentados contra Estrada Cabrera. Guatemala, 1974. Tipografía Nacional. 554 pp.

- Moro, Tomás. Utopía. Lima, Perú, Tipografía Venus, S.A.
1974 Editorial Offset Granados. 137 pp.
- Ruyer, R. Estudio de la utopía. Barcelona, Enciclopedia
1973 Salvat, Tomo XII. 3252 pp.
- Shulman, Ivan y Manuel Pedro González. Martí, Darío y el
1974 modernismo. Madrid, Editorial Gredos. 268 pp.

